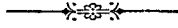


DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

DEL

RÍO DE LA PLATA

ATENEO DE MADRID



DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

DEL

RÍO DE LA PLATA

CONFERENCIA

DE

D. JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

leída el día 25 de Enero de 1892



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCEORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, 20

1892

SEÑORAS Y SEÑORES:

Sea por temeridad, sea por el ansia que sentía de incorporarme en alguna forma al movimiento intelectual de este prestigioso centro de ilustración, sea por el deseo de buscar honra para mi nombre por el simple hecho de unirlo al vuestro, ello es que acepté el honor que me dispensó el Ateneo al elegirme, con espontaneidad que de todas veras agradezco, para daros esta noche una idea del *descubrimiento y conquista del Río de la Plata*, y vengo á cumplir tan honroso cuanto difícil compromiso.

Soy, señores, el primer americano del Sur á quien cabe la honra de hablar desde este sitio; pero yo os suplico que no juzguéis del estado intelectual de la América, y muy especialmente del país que tengo el honor de representar en España, por lo que, como simple tributo de amor tradicional á la madre patria española, va á ofreceros hoy el más humilde de los hijos de la ausente patria americana. No me atrevo ni aun á invocar, para obtener vuestra benevolencia, el temor que en estos momentos no puede menos de embargarme; porque, aun sin él, nada pudiera ofreceros digno de vosotros, del tema histórico que he de desarrollar y del alto propósito que informa la serie de conferencias con que el Ateneo de Madrid prepara la conmemoración del descubrimiento de América.

He vacilado, sobre todo después de haber oído á los distinguidos oradores que me han precedido, respecto de la índole que debía imprimir al desarrollo de un tema tan vasto, tan interesante y tan propicio á la prolija investigación histórica: ó bien desenvolvía, con detenido criterio, un punto controvertido relativo al descubrimiento y conquista del Río de la Plata, ó bien os daba una idea general y comprensiva, pero por eso mismo ligera, de aquellos sucesos, procurando hacer destacar de su conjunto los caracteres de los hechos y de los hombres principales, y vincular ó eslabonar mis informaciones y conclusiones con la totalidad de los hechos que constituyen el descubrimiento del Nuevo Mundo, dan carácter á la época en que tuvo lugar, y reunen hoy á todos los hombres de la raza ibérica á conmemorar glorias comunes y á estrechar sus vínculos tradicionales en el regazo de los recuerdos centenarios.

He optado por lo segundo, por creer que así coadyuvaré mejor al propósito que en esta serie de conferencias persigue el Ateneo y que me fué comunicado: el de ilustrar la opinión sobre los principales sucesos del descubrimiento de América, cuyo aniversario va á celebrarse.

Voy, pues, á daros las ligeras informaciones que me habéis pedido, ó más bien, voy á ahorraros sólo el trabajo de largas lecturas concordadas y prolijas, que he refrescado para vosotros, tendentes á apreciar, primero en su conjunto, y después en sus grandes detalles, el hecho colosal del descubrimiento y conquista de América por el genio, el valor y la perseverancia de nuestra raza.

Para daros una idea de aquel gran suceso, y poder en seguida apreciar la significación relativa, geográfica, etnológica é históricamente considerada, del descubrimiento y conquista del Río de la Plata, que se derrama en el Atlántico, allá á los 35 grados de latitud Sur, yo quisiera llevaros con la imaginación, señores, al extremo de las latitudes del Norte, allá al círculo polar ártico, y señalaros con la mano el teatro espléndido del drama histórico iluminado por el crepúsculo del siglo xv y la aurora

del xvi; mostraros ese continente, especie de vertebrado colosal, que se baña en dos océanos, y que, tocando con sus extremidades superiores con la mano de la Groenlandia, la Europa, y con la que acaso fué el istmo de Beering, el Asia, va á sumergir, más allá de la Tierra del Fuego, su larga extremidad inferior, entre las profundidades del mar y los eternos hielos del polo Antártico.

Ahí está, señores: con su superficie de *cuarenta millones* de kilómetros cuadrados; con su columna vertebral de dos mil quinientas leguas; con sus montes como nubes, y sus llanuras y sus selvas; con sus volcanes, ardientes tributarios del cielo, y sus ríos, soberbios tributarios del mar.

Mirad hacia abajo desde la cima de vuestra imaginación, y ved primero esas montañas que se bifurcan y trifurcan teniendo por núcleo la *Rocallosa*; esos cinco lagos que ocupan una superficie de *trescientos mil kilómetros cuadrados*; esos ríos como mares que se llaman el *Misisipi* y el *San Lorenzo*, y deteneos á escuchar un momento esa voz soberana de la naturaleza: es el *Niágara*, que se despeña cantando sus canciones inmortales, y prolongando las vibraciones de su voz casi hasta alcanzar las últimas del *Tequendama*, su incomparable rival de la América del Sur.

Cruzad, señores, la gran meseta de Méjico; mirad de paso, en pie sobre ella al *Orizaba* y al *Popocatepell*; distinguid el golfo, el de las leyendas y las glorias, y pensad, al mirar aquella península de California que se adelanta en el mar, que es oro lo que circula por las venas subterráneas de esa especie de víscera silícica.

Más allá, la América se estrecha para formar el istmo y, como si la tierra, estrujada y casi estrangulada, respirase con mayor violencia, levanta más su seno y abren en él sus cráteres los ventisiete volcanes activos de Guatemala, que parecen surgir de las entrañas del mar; se hunde en su profundo lecho el extenso dormido lago de Nicaragua; asoman las Antillas sus trescientas sesenta cabezas del fondo del mar, como náufragos que sobrenadan aún del naufragio de un trozo de la tierra sumergido por la lucha sin historia de dos océanos, que para encontrarse, quisieron acaso partir en dos el continente, sin lograrlo; y

busca por fin expansión y se dilata, más allá del istmo, en las hermosas regiones bañadas por el *Magdalena* y *Orinoco*, precursores del *Amazonas*, el mayor de los ríos del mundo, y del *Paraguay*, del *Uruguay* y del *Paraná*, que, naciendo en las entrañas de la América Meridional, en la sierra del Brasil, que los separa de los ríos que van hacia el Oeste, corren de Norte á Sur atravesando distintas latitudes y climas en un trayecto de *tres mil setecientos kilómetros*, para formar el caudal del Río de la Plata, grandioso estuario que, con una anchura de cuarenta leguas, se derrama en el Océano allá á los 35 grados de latitud Sur.

Porque mi mente tiene que detenerse, señores, aquí en esta costa del Atlántico, no os he mostrado, siquiera de paso, esa región inmensa que hemos dejado á nuestra derecha en nuestro descenso de Norte á Sur, para complementar el vuelo de nuestra imaginación sobre las cumbres; no os he hecho detener en esa trifurcación de los Andes, en esa región que sigue á las Antillas y escucha, en medio de su eterna primavera, la voz del Tequendama; no os he señalado la espléndida vegetación tropical que fecunda el Amazonas; no os he indicado siquiera la cumbre del *Chimborazo*, que se eleva en el desierto; ni el cono truncado del Cayambé, especie de columna miliaria del mundo, sobre cuya cabeza cana pasa la línea del Ecuador; ni el *Pichincha* que, como el Cerbero de la fábula, ruge por sus cuatro cráteres; ni el *Cotopaxi*, de esbeltas formas matemáticas; ni el *Ilimani* más allá, ni el *Sorata*, ni aquellos últimos gigantes, guardianes de un mundo, que se levantan en aquel extremo y que se llaman el *Descabezado*, el *Maipú* y el *Aconcagua*, la cumbre más elevada de los Andes, que se pierde en las nubes á una altura de 6.834 metros sobre el nivel del mar.

No os he indicado los valles que se extienden entre los innumerables contrafuertes de los Andes, ni los lagos de las cumbres, ni esa cuenca del Plata que se dilata entre las dos cordilleras que franjean el continente, con sus pampas sin horizontes, sus ríos sin riberas y sus azules cielos sin nubes.

Todos los climas están allí: desde el frío del polo hasta el calor del trópico; todos los cielos se proyectan en su cielo; todos los cantos se oyen en sus bosques; todos los metales circulan

en las arterias subterráneas de ese mundo, como corrientes de fuego que bañan las raíces de ese bosque de piedra que se llama los Andes; la fauna y la flora todo lo invaden, sin dar casi espacio al dominio de la infecunda arcilla; la naturaleza está pronta allí á recibirlo todo, á fecundizarlo, á multiplicarlo todo.

Y, sin embargo, señores, ese mundo estaba casi vacío. La soledad, sentada en las cumbres ó discurriendo por las riberas oceánicas, miraba el mar al morir el siglo xv.

Mirad al hombre que allí existía : procede de una noche misteriosa y vive sumergido en ella; despojo de las tempestades del alma y de la naturaleza, vino acaso formando caravanas sin historia; á excepción de algunas semicivilizaciones que agrupan algunas razas en torno á fragmentos monumentales ó vestigios de civilizaciones humanas sin recuerdo, el hombre vaga, desnudo y solitario, como el ciervo ó el tigre, por los bosques, las montañas, las costas ó las llanuras; va triste; sufre acaso la nostalgia de su olvidado divino origen; el tiempo le ha teñido la piel con los cambiantes del rojo; tiene la frente estrecha, los cabellos rígidos, el pómulo saliente, los ojos pequeños, melancólicos y negros; parece que camina á tientas con actitud hurañá, irresoluta y desconfiada; es un extranjero; en su rostro casi no se refleja el alma; parece impasible, atónito; habla en voz baja; nunca ríe; apenas si una amarga sonrisa contrae alguna vez sus labios formando en ellos una mueca desdeñosa ó sarcástica; lucha gritando, mata rugiendo, pero muere en silencio; no ama, no espera, no canta sino alguna que otra melodía triste y monótona; y lo que es más triste, señores, el desgraciado no sabe llorar.

¿Era para ese hombre el mundo espléndido, sobre cuyas cumbres hemos volado?

¡Infeliz! Ni siquiera podía sospechar sus riquezas, ni comprender la voz de su elocuente naturaleza que lo llamaba en un idioma indescifrable para él.

¿Era acaso señor y dueño, con derecho de propiedad estable sobre ese mundo?

Tampoco; ni siquiera lo ocupaba moralmente: era dueño sólo de aquello en que imprimía sus escasas facultades; de la pieza que hería con su flecha de punta de sílex ó de espinas de pescado; del árbol que derribaba para comer su fruto ó ahuecaba al fuego para flotar en las aguas; pero era nómada, errante; no poseía la tierra; la mujer clavaba y desclavaba el toldo de pieles á cada paso, llevando á cuestras el fardo de su hijo y de su triste vida esclava; encendía el hogar en la llanura para volverlo á encender de nuevo en la cumbre, mientras al hombre de la tribu se le prolongaba la pupila, como á la especie felina, á fuerza de acechar para atacar á la tribu enemiga ó esperar su siempre inminente ataque, y satisfacer su suprema aspiración: luchar, matar ó morir.

Res sacra miser, ha dicho con razón el poeta latino: es sagrada la desgracia; por eso está bien un latido de compasión y casi de ternura en el pecho del poeta americano, señores, y aun del pensador cristiano, cuando se piensa en el inexorable destino de nuestras razas aborígenes, que desaparecieron bajo el peso de una ley providencial, que ofusca la mente y contrista el corazón.

Pero yo tengo la persuasión de que ese hombre no era ni podía ser un principio; era un término, un último vestigio. Era joven y hermosa la naturaleza; el hombre era decrepito; el hombre agonizaba; la naturaleza nacía ó renacía; el hombre temía, y notaba en todas partes funestos presagios; la naturaleza ansiaba; el hombre cavaba su tumba, mientras la naturaleza cubría de musgo y flores esa tumba, y preparaba en ella una cuna ó un tálamo nupcial para el hombre que esperaba ó presentía, capaz de comprenderla, de amarla y de hacerla madre.

Vosotros sabéis, señores, cómo el hombre llegó; vosotros conocéis y habéis sentido muchas veces la historia de las tres legendarias carabelas, y habéis sentido repercutir en vuestras almas emocionadas el débil cañonazo de la *Pinta*, el grito de ¡*Tierra!* y el *Ave maris Stella* de las tripulaciones arrodilladas en torno de la figura gigante de Colón, y ante la cruz que las guiaba;

pero acaso no habéis oído, ni se ha interpretado aún, el grito colosal de *¡el hombre!* lanzado por la gran naturaleza americana, al sentir clavarse en su suelo y flotar en sus aires las dos cruces, emblema de su redención: la cruz divina que había redimido á la humanidad catorce siglos atrás, levantada en la cumbre del Calvario, y la cruz roja en campo blanco, gloriosa enseña de Castilla, que acababa de salvar la civilización cristiana de Europa, enhiesta en las almenas de la torre de la Vela de Granada.

Y yo os quiero hacer notar, señores, en apoyo de esta idea que ha preocupado algunas veces mi imaginación, exaltada por lo grande, que hay una faz hermosa en el descubrimiento de América: Colón y sus carabelas no la buscaban; ellos buscaban sólo el Oriente por el Occidente; no fueron, pues, las carabelas las que salieron al encuentro de América; fué América la que salió al paso á los heroicos navegantes, para detenerlos y decirles: «Aquí estoy.»

Fué recto y prodigioso el viaje, vosotros lo sabéis, pues os lo han narrado ya desde esta tribuna oradores más elocuentes que yo; fué asombrosamente favorable al desarrollo de la grande empresa el sitio á que arribaron las carabelas: precisamente el centro, la conjunción de las dos Américas; parece, señores, que aquellos vientos que empujaron á las gloriosas naves fueron grandes inspiraciones del pecho gigante del mundo que las esperaba y que las atrajo precisamente á su corazón, al centro mismo de su sér.

Cerca, relativamente, de la isla de Guanahani, á que arribó Colón, estaba el istmo, la parte más estrecha del continente que, aun después de descubierto, era, como tal, desconocido: según la opinión general, las tierras recién descubiertas constituían la parte oriental del Asia, como sabéis; el mar misterioso estaba dominado: la fe, el genio y el valor le habían arrancado su secreto; pero detrás de las montañas que cerraban el horizonte de las nuevas tierras estaba, como oculto y agazapado, otro coloso: era el mar del Sur, el inmenso mar encargado de desvanecer el error de Colón y de revelar al mundo que la tierra que había

salido del abismo al encuentro de sus mensajeros, no era la costa del Asia, sino un nuevo é inmenso continente que ensanchaba las proporciones del planeta.

Vosotros ya sabéis, señores, cómo el ilustre y desventurado Vasco Núñez de Balboa atravesó el istmo con un puñado de héroes entre montañas, bosques impenetrables, marismas y pantanos de aliento mortífero, animales venenosos y hombres fieros.

Su descubrimiento produjo profunda impresión en España y cambió el rumbo de los proyectos. Se aprestaba una nueva expedición á la India, cuando llegó á la Península la noticia de la existencia del mar de Balboa.

¡Pues á buscar sin dilación el paso entre uno y otro mar al través de ese continente! se dijo. ¿Es éste grande? ¿Es pequeño? ¿Está el paso cerca del istmo? ¿Engrana esa tierra en el polo, en lo misterioso? ¿Está allí la fortuna ó la muerte?

Eso no detenía entonces ni hacía vacilar aquellos corazones gigantes. Era necesario buscar el paso, de Oriente á Occidente, á través del mundo nuevo, y el paso debía aparecer.

Y allá van, señores, surcando los mares desconocidos, otras tres pequeñas naves que han salido el 8 de Octubre de 1515 del puerto de Lepe. Allí va, sereno, en el puente de la capitana, uno de los primeros navegantes de su tiempo: el bizarro y honesto Juan Díaz de Solís, piloto mayor de España, cuyo nombre hace palpitar en estos momentos mi corazón de americano, de rioplatense y de cristiano.

Va á buscar la muerte, señores; pero sus frágiles naves avanzan y siguen avanzando, y navegan 2.000 leguas hacia el Sur sin desaliento, hasta que allá, á los 35 grados de latitud, nota el piloto que la tierra cambia de rumbo y se dirige al Occidente.

Se adelantan las naves en esa dirección, casi seguras de haber hallado el estrecho en que debían fundirse las salobres aguas de los dos océanos; pero pronto el asombro los embarga: aquella inmensa cantidad de agua sin riberas que cortaban sus quillas era dulce y potable.

¡ Un mar dulce!

Las naves españolas surcaban por primera vez el Río de la Plata.

¡El Río de la Plata! También había de llamarse así en definitiva, señores, en el mundo de Colón, y que se llama *América*, el gran río que no tiene plata ni en sus costas ni en sus arenas, pero que tiene en cambio en las primeras los restos ignorados de Juan Díaz de Solís!

Éste se adelanta con una de sus naves á reconocer uno de los dos caudalosos ríos que, al desembocar, forman el grande estuario que los naturales llamaban *Paraná-Guazú*, *Río como mar*; penetra en el hermoso *Uruguay*, que, á diferencia del *Paraná*, de profuso delta, desemboca por un solo brazo de grandes proporciones, y fondea cerca de su ribera oriental en tierra firme: la actual República del Uruguay.

El sitio del desembarco de Solís ha sido objeto de reñidas controversias: podría con ellas solas formarse una conferencia no escasa de interés y novedad; pero, como antes os he anunciado, no es la controversia ni la paciente investigación histórica el objeto de este desaliñado trabajo. Dejemos, pues, á los historiadores en su laboriosa y meritoria tarea; tomemos sólo sus conclusiones comprobadas y definitivas, y acompañemos hasta su ignorada y gloriosa tumba á Juan Díaz de Solís.

El descubridor desembarca con algunos compañeros en la costa á tomar posesión de aquella hermosa tierra en nombre del Rey de España; entre los jarales y los bosques inmediatos lo acecha *el charrúa*, el indio que, con los *querandies* de la ribera occidental y las demás tribus que en esas latitudes tenía derramadas la raza *tupí-guaranítica*, fué acaso el indio más fiero é indomable de la América, y cuya conquista ha costado más sangre española en el continente de Colón, según el sentir autorizado de D. Félix de Azara.

Y allí reveló, desgraciadamente, su fiereza: el siniestro alarido de guerra y muerte brotó de entre los jarales repentinamente, y la flecha charrúa atravesó el corazón del descubridor y sus compañeros, que fueron destrozados á la vista de los que en la nave habían quedado, y que regresaron á España con la triste nueva.

El primer jalón de la conquista del Río de la Plata está plan-

tado: el reguero de generosa sangre española es la primer senda abierta en el seno de mi patria, y vosotros me permitiréis, señores, que el tiempo que había de invertir en minuciosos detalles históricos, lo invierta con preferencia en ofrecer á la memoria de aquellos mártires de la civilización el homenaje de mi admiración y de mi gratitud ; porque , como se ha dicho con razón, somos nosotros, más aún que vosotros, los que heredamos los frutos del árbol regado con esa sangre, y los que en primer término estamos en el deber de admirar la memoria de los que la vertieron y de vindicarla siempre con reconocimiento filial.

Yo, señores, hijo de la tierra en que Solís halló su tumba, al tener que recordaros toda la sangre , todo el esfuerzo y todo el heroísmo que reclamó su conquista para la civilización cristiana á esta noble patria española, temo que puedan atribuirse á lisonjero halago ó á gratitud de huésped reconocido las ideas y sentimientos que sobre esos hechos y esas glorias españolas estoy en el deber de enunciar, pues brotan espontáneas al calor de los recuerdos. Pero, felizmente, puedo reproduciros aquí mi sentir, manifestado en el seno de la patria, cuando no creí ciertamente que había de presentarse esta feliz ocasión de decíroslo á vosotros. Ved cómo expresaba en mi poema *Tabaré* lo que eran la conquista de mi tierra y sus conquistadores:

Como el cachorro oculto bajo el cuerpo
Del tigre provocado,
Así se oculta la uruguay tierra
De su indómito rey bajo las arcas.

El indio ruge al escuchar la planta
Del extranjero blanco,
Con rugidos de rabia y de deseo,
Siempre en acecho, cauteloso, hurafío.

Brilla el ojo del indio en la espesura,
Suenan por todos lados
Su alarido feroz; brotan rabiosos
De entre las flores sus agudos dardos.

¿Dónde se esconden? Donde esconde el viento
Sus gritos ignorados ;
Donde esconde la muerte las lumbreras
Que enciende sobre el haz de los pantanos;

Allí donde tan sólo se ve un grupo
De chircas ó de cardos,
Hay rostros escondidos en la sombra,
Siempre despiertos, sangre olfateando.

Allá en el matorral algo se mueve:
¿Quién trepa en el barranco?
¿Sentís un grito en la lejana orilla?
Es la muerte: si váis, veréis su rastro.

¿Qué hay más allá? Lo ignoto, lo imprevisto,
Quizá lo sobrehumano;
Algo más que la muerte, más obscuro.....
¿Quién se llega hasta él? ¿Quién va á retarlo?

España va; la cruz de su bandera,
Su incomparable hidalgo;
La noble raza madre, en cuyo seno
Si un mundo se estrelló, se hizo pedazos.

El pueblo altivo que en la edad sin nombre
Era el cerebro acaso
Del misterioso continente muerto
Ya sumergido en el abismo Atlántico,

Que no teniendo en sí, para el cadáver
De aquel coloso espacio,
Dejó asomar sobre la vasta tumba,
Miembro insepulto, el mundo americano.

Sólo España ¿quién más? sólo ella pudo,
Con paso temerario,
Luchar con lo fatal desconocido,
Despertar el abismo y provocarlo;

Llegarse á herir el lomo del desierto,
Dormido en el regazo
De la infinita soledad, su madre,
Y en él clavar el pabellón cristiano,

Y resistir la convulsión suprema
Del monstruo aquél al revolverse airado,
Sin que el pavor la acongojara el alma,
Ni el resistir le desarmara el brazo.

Y así fué, señores: la sangre de Juan Díaz de Solís y sus compañeros no hizo vacilar el corazón español; no constituyó una valla: trazó una senda; y la conquista recomienza bien pronto, para hacer de aquellas regiones desconocidas teatro de hazañas

y sacrificios que emulan con los más grandes realizados por los conquistadores de América, y del mundo por consiguiente, y cuya narración no puede caer desgraciadamente, en los estrechos límites de una conferencia académica con el detalle que su interés reclamaría.

Después de Solís es Magallanes el que, en persecución del paso al través del continente, reconoce de nuevo, el año 1520, el Río de la Plata; pero el buque que ha enviado hacia el Norte regresa á los quince días, después de haber reconocido el espléndido Río *Paraná* y haber adquirido la convicción de que, tanto éste como el Uruguay, no se desviaban hasta sus fuentes de su rumbo hacia el Norte: no estaba, pues, allí el paso que se buscaba.

Efectivamente: el *Uruguay* y el *Paraná* son el Eufrates y el Tigris americanos, que forman la Mesopotamia argentina, incomparablemente mayor y más fecunda que la que en los tiempos antiguos dió vida á las Nínives y Babilonias de histórica opulencia.

Dejemos, pues, á Magallanes seguir su ruta; no podemos, señores, acompañarlo en su famosa expedición de descubrimiento del estrecho de su nombre, que voz más galana que la mía os hará conocer; no podemos detenernos ni un instante en su sepulcro, en una de las islas oceánicas, ni seguir ese reguero de sangre española al través del mar y de las islas, vertida por los héroes que dieron por primera vez la vuelta al mundo á las órdenes de Sebastián de Elcano; ni siquiera podemos saludar el arribo á *Sanlúcar* de la nao *Victoria*, tripulada por solos 17 hombres, restos de los 265 españoles que con Magallanes y Elcano pasearon por primera vez el pabellón de la Cruz y de Castilla por toda la redondez de la tierra. Esas hazañas sin precedente atraen casi irresistiblemente nuestro espíritu; ellas nos traen á la memoria, y quizá no nos hacen aparecer tan grande la hipérbole del poeta popular que en su ardoroso entusiasmo nos dice que no hay un puñado de tierra sin una tumba española; pero las naves de Sebastián Gaboto entran al Río de la

Plata con una nueva expedición descubridora, y allí me reclama mi deber de conferenciante con tema y tiempo limitados.

Estamos en 1526, y es en esta fecha cuando, después del descubrimiento, comienza la conquista, y conjuntamente la colonización del Río de la Plata.

Me permitiréis, señores, haceros una ligerísima exposición de los hechos, para presentaros en seguida las consideraciones que ellos sugieren á la crítica histórica, y dan especialísimo carácter á la conquista y población del que será virreinato de Buenos Aires.

Sebastián Gaboto, que sale de Sevilla en 1526, inicia la población de aquellas tierras. Penetra en el Uruguay; en su margen oriental, confluencia con el río San Salvador, deja un fuerte con un puñado de valientes que luchan contra el indomable charrúa, hasta caer bajo la zarpa de la fiera moribunda; remonta en seguida el Paraná y fija allí el legendario fuerte de *Sancti-Spiritu*, teatro inmediatamente de una de las más hermosas y trágicas leyendas americanas, en que la figura transparente de *Lucía Miranda*, la hermosa heroína del amor conyugal, flota sobre el vapor de sangre de la guarnición exterminada, y se ofrece hoy al poema, más aún que á la historia, con el dulce prestigio del amor y del martirio.

Sigue remontando el Paraná, y penetra al río Paraguay, donde 300 piraguas guaranícas, como una invasión de codrilos, atacan su nave. Lucha, vence y regresa á España después de haber dejado iniciada la población de aquellas regiones, sin más apoyo que el mandoble del soldado y algunas efímeras alianzas con las tribus salvajes.

Lo sigue en su labor, en 1534, D. Pedro de Mendoza, con una grande expedición de catorce naves que llevan á su bordo 2.500 españoles y 150 alemanes; llegan los expedicionarios á la margen derecha del gran río, y los aires estivales que llenan sus pulmones fatigados, les inspiran el nombre de la ciudad que allí fundaron, destinada á ser la gran metrópoli del Plata; allí amasaron con sangre los cimientos de Santa María de *Buenos Aires*.

Pero el indio *querandí*, el rival en fiereza del *charrúa* de la orilla oriental, sitia y diezma noche y día á la guarnición, y hace imposible su permanencia en aquel sitio. Envía entonces Mendoza á sus dos bizarros capitanes, D. Juan de Ayolas y D. Domingo Irala, á buscar al Norte un sitio más propicio y hospitalario; y mientras Mendoza, enfermo y desalentado, regresa á España para morir en la travesía, Ayolas é Irala que, como todos los héroes, se agigantan ante el peligro, clavan, nuevo jalón de la conquista, allá en las costas septentrionales del río Paraguay, las estacadas y débiles baluartes del fuerte de la *Asunción*, en el que queda Irala, en lucha sin cuartel, mientras Ayolas, como Juan Díaz de Solís, va á buscar la muerte á manos de los indios en las soledades del gran Chaco argentino que había cruzado hasta llegar á las fronteras del Perú.

Irala espera en la *Asunción*, constituida en centro de la conquista, al nuevo adelantado designado por la corte, D. Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que emprende el viaje el 2 de Noviembre de 1540, y llegando en sus naves hasta Santa Catalina, sobre el Atlántico, emprende por tierra, con 300 españoles y 36 caballos, la travesía hasta la *Asunción*, viaje asombroso y que rivaliza con los más arduos y peligrosos de la conquista.

Las disensiones surgidas entonces en la *Asunción* y las rivalidades entre Irala y Alvar Núñez no caben en los estrechos límites de esta ligera ojeada histórica; tienen, por otra parte, el mismo carácter que las otras disensiones acaecidas en la Española, en México, en el Darien ó en el Perú, que son un rasgo tan característico de nuestra raza y que forma tal vez el defecto de nuestras cualidades.

Alvar Núñez es conducido á España, é Irala, á fin de legitimar su gobierno, emprende viaje al Perú, desde cuyas fronteras manda cumplimentar á La Gasca, el ilustre vencedor de Pizarro y gran organizador del virreinato en el Pacífico.

La figura de Irala, una vez confirmado en el Gobierno, es de primera magnitud en la historia de la conquista; noble, valiente, activo y organizador, reconcentra en la *Asunción* los últimos restos de la diezmada población de Buenos Aires, que queda, por entonces, abandonada; tienta nuevamente la fundación de una colonia á la entrada del Plata, en la tierra del cha-

rrúa, que inmediatamente la destroza y aniquila; organiza el Gobierno; recibe el primer obispo de la Asunción; protege y estimula el trabajo honrado y reproductor, y toma posesión estable y definitiva de aquellas tierras, sometiendo á los indios y reduciéndolos á prestar sus servicios.

Pero ya ha surgido á su lado el que ha de emularlo en hechos, en glorias y en virtudes: es el hidalgo vascongado don Juan de Garay, verdadero y definitivo fundador de la ciudad de Buenos Aires, y tipo protagonista acaso de aquella colonización.

Don Juan de Garay es encargado en la Asunción de explorar el Paraná y radicar en sus márgenes la conquista; inicia su obra con la fundación, á orillas del río, de la ciudad de Santa Fe, y allí, uniendo el valor indomable al más exquisito tino, reduce á las tribus indígenas que engruesan sus filas, y serán sus poderosos auxiliares y aún sus colonos.

Sin él, muy triste destino hubiera cabido á la expedición del nuevo adelantado D. Juan Ortiz de Zárate, cuyo contrato con el rey Felipe II es el último asiento celebrado para la conquista del Río de la Plata.

Don Juan Ortiz de Zárate, hombre de condiciones muy inferiores á su época, penetra con su expedición al Río de la Plata el año 1573, se interna en el Uruguay y va á levantar un fortín precisamente donde Solís y sus compañeros fueron sacrificados: en la tierra de los charrúas, acaudillados á la sazón por el fiero y valiente cacique Sapicán.

No tardan en comenzar las hostilidades, y los conquistadores tienen que abandonar la tierra firme para refugiarse al fin en la pequeña isla de Martín García, en cuyas costas naufragan sus naves, quedando la desgraciada colonia en la más triste extremidad. La muerte de todos era el más probable de los desenlaces.

— Aparece entonces D. Juan de Garay en su socorro. El río Uruguay lo recibe tormentoso y fiero, como constituido en implacable aliado del charrúa, y hace naufragar la nave de Garay, que arroja destrozada sobre la costa; pero el ilustre vascongado, sacado á la orilla en hombros por algunos de los indios que lo acompañan, empapado, jadeante, organiza rápidamente el grupo

de sus soldados que ha tomado tierra, y presenta al charrúa batalla desesperada y definitiva. El arcediano Barco de Centenera nos la describe con todos sus interesantes detalles; pero ellos no tienen cabida en esta ligerísima ojeada histórica. Una certera flecha mata el caballo de Garay; otra se clava en su pecho; pero el bizarro capitán se arranca ésta ensangrentada, monta en otro corcel y conduce á su heroico grupo á la más completa victoria, que aniquila para siempre al indomable charrúa, dejando muertos en el campo á sus principales caciques.

Garay es entonces el verdadero protagonista en aquel vasto teatro, y con él puede darse por terminada la conquista del Río de la Plata. Sucede á Ortiz de Zárate en el gobierno de la Asunción, después de un período intermedio insignificante; enfrena á los salvajes, y parte con solo 60 hombres á repoblar á Buenos Aires, en cuyo puerto levanta sus pendones el 11 de Junio de 1580, y deja para siempre enhiesta allí la bandera de Castilla, dando á los querandíes, como en la otra orilla á los charrúas, la última batalla, que los hace desalojar las costas y replegarse á las tierras interiores.

Falta el rasgo definitivo de tan gloriosa vida: el sacrificio. Seguro ya de la completa sumisión de los indios, sale de Buenos Aires en 1584 á visitar sus provincias en dirección á la Asunción, y como Solís en el Uruguay, y como Ayolas en el mismo Paraná, es inmolado con todos sus compañeros por un grupo errante de indios minuanos que acechan el desembarco, los asaltan entre las sombras, y los hacen pasar del sueño del tiempo al de la eternidad y la gloria.

La conquista del Río de la Plata puede darse por terminada, señores, con el gobierno de Garay y la fundación de Buenos Aires, que ha de ser la metrópoli del virreinato; porque, al par que los hechos que acabo de indicaros se realizaban en el litoral de los grandes ríos tributarios del Plata, y del Plata mismo, otra conquista y otra colonización, convergentes al mismo litoral, han venido desde el antiguo Imperio de Manco-Capac y

Atahualpa, los hijos del Sol, ya dominado por las armas españolas, y han poblado el interior del país.

Al mismo tiempo que Solís descubría por el Atlántico el Río de la Plata, los conquistadores que iban en pos de Balboa por el Pacífico se acercaban á las mismas latitudes en las costas de éste, y, persiguiendo ambos grupos el paso al través del continente, ó sus más fáciles comunicaciones, iban, el uno al encuentro del otro, explorando inmensos territorios, cruzando llanuras sin límites, bordeando pantanos intransitables ó tramontando casi inaccesibles cordilleras.

En el mismo año 1527, en que habéis visto á Gaboto fundar en el Paraná el desventurado fuerte *Sancti-Spiritu*, centinela perdido y avanzado en el desierto, Pizarro trazaba en el Pacífico la raya aquella de Oriente á Poniente que debía separar los héroes de los hombres. En el mismo año 1535 tienen lugar la primera fundación de Buenos Aires y la de Lima, núcleos de los futuros virreinos; en el mismo 1573, en que los conquistadores del Plata se dirigen al Occidente con la fundación de Santa Fe, la ciudad de Garay, á que antes me he referido, los conquistadores del Pacífico adelantan hacia el Oriente con la fundación de Córdoba del Tucumán, bajando á las pampas argentinas por las gargantas de los contrafuertes orientales de los Andes, y poblando á su paso el Alto Perú, actual República de Bolivia, mientras allá, por las vertientes occidentales, otro grupo puebla el reino de Chile, replegando hacia el extremo Sur del continente, en porfiada lucha, á las tribus araucanas que, fieras y valientes, aunque no tan indomables como los charruás del Uruguay, disputan palmo á palmo á los hombres nuevos la tierra que canta el poeta-soldado de aquella conquista; conquista tan legendaria como la del Plata, pero más afortunada, por haber tenido voz y acento imperiosos; por el solo hecho, señores, de haber vibrado en el alma y en la lira del excelso cantor de su grandeza.

Os he trazado sólo líneas generales; os he mostrado sólo el esqueleto de la grande historia al que vuestra imaginación inte-

ligente y preparada dará, á no dudarlo, músculos y nervios, arterias y circulación y vida. La palabra, señores, arrojada al alma, tiene la resonancia de la piedra arrojada al abismo; toman ambas las proporciones de la capacidad en que sus ecos se difunden; sólo por eso puedo acariciar la esperanza de que mi voz, al resonar en vuestro espíritu, sea menos indigna de los recuerdos que evoca, de los hechos que conmemora, de los gloriosos nombres que pronuncia.

Fijad, pues, vosotros las proporciones de la empresa que os he narrado; recordad que el teatro cruzado por los descubridores en todas direcciones, como si un niño trazara líneas sobre un plano, era un territorio que ocupaba la cuarta parte de la América Meridional, que se extendía desde los 55 grados de latitud Sur hasta cerca de los 10 grados dentro del trópico de Capricornio, y que ha dado territorio magnífico á las hoy Repúblicas independientes del Uruguay, Argentina, Paraguay y Bolivia; recordad, por fin, el carácter indómito de las tribus aborígenes aliadas del desierto pavoroso y del bosque impenetrable, que salían á cada paso al encuentro del descubridor, y afirmaréis conmigo que el descubrimiento y conquista del Río de la Plata es de lo más grandioso y homérico en la historia del descubrimiento y conquista del mundo de Colón.

Indicados los hechos, me permitiréis, señores, que, para terminar, os haga algunas ligeras consideraciones á su respecto, y os señale los caracteres que distinguen, de una manera clara y precisa, la colonización de esos vastos territorios.

El Río de la Plata, en la gran cuenca que lo caracteriza, tuvo una inapreciable fortuna: no tenía oro.

En cambio, la madre tierra, virgen y fecunda entonces como hoy, ofrecía su seno al trabajo que ennoblece y constituye sociabilidades homogéneas y solidarias. Así el conquistador tenía que transformarse allí inmediatamente en colono; tenía que renunciar á la aventura y á la opresión, que es su consecuencia natural, para radicarse, constituir su hogar y rendir el tributo de su trabajo á la agradecida tierra, que muy pronto

demostró que es madre generosa para aquellos que saben regar su seno con el sudor de su frente, antes que mancharlo con la sangre de su hermano.

Y una prueba de ello la tenemos, señores, en que el primer acto externo de los colonos, muy poco después de la fundación de Buenos Aires, el año 1580, es la exportación, no de ese oro, causa de tanta opresión y tanta desgracia en otras regiones, y que en este caso, mejor que en ningún otro, podría llamarse *vil metal*, pues no enriqueció ni á España ni á América; no de ese oro que engendró las encomiendas, distribución de tierras y hombres, en que el hombre era un accesorio, sino de pieles y azúcar, producto del trabajo reproductor, y que revelaban que allí no había siervos y señores, sino, al lado de los propietarios, pastores y agricultores humildes; pero que compartían con sus amos las penurias de la vida y partían con ellos el mismo pan.

Los indígenas no domados se replegaban á las tierras interiores; pero los sometidos, gracias especialmente al esfuerzo del misionero, que fué el primer héroe de la conquista, se amoldaban á la vida civil y estable de los conquistadores, y formaban sus hogares á su lado; es que no veían cercanas las bocas de las minas, como tumbas siempre abiertas para recibirlos, al caer bajo el peso de una esclavitud sin esperanza.

A estas circunstancias naturales se agregó el carácter de los ilustres conquistadores, cuyos nombres he ofrecido á vuestro recuerdo y á vuestra admiración.

Irala y Garay en el Río de la Plata, como Valdivia en Chile, no tienen quizá en España, según lo he notado, la aureola de prestigio guerrero que rodea á Cortés ó á Pizarro: es que el pueblo en general es cautivado por la temeraria intrepidez, la acción, la audacia inaudita, la victoria clamorosa y resonante; por la raya hecha en tierra por Pizarro con la punta del puñal; por la fabulosa humareda de las naves incendiadas por Cortés.

Estos héroes eran extraordinarios por su valor, es cierto, y digna es su memoria, por consiguiente, del homenaje de la posteridad; pero aquéllos eran héroes, y al mismo tiempo colonizadores y magistrados. Tras de la conquista heroica, ya organizaban la colonia, ya fijaban residencia al hombre, ya acallaban el espíritu de aventura y despertaban el de trabajo y de orden.

De ahí que los primitivos pobladores del Río de la Plata puedan considerarse, más que aventureros, verdaderos inmigrantes; muchos de ellos vinieron acompañados de sus mujeres é hijos, y entre ellos figuraban veteranos de las guerras de Flandes y Alemania, entre los que se contaban un hermano de leche del emperador Carlos V, un hermano de Santa Teresa de Jesús y muchos Capitanes y Oficiales «gentes que fueron sin duda, dice D. Félix de Azara, los más distinguidos é ilustres entre los conquistadores de Indias».

La grande expedición de D. Pedro de Mendoza, por ejemplo, una de las más numerosas y ricas que fueron á América, no tuvo necesidad de reclutar gente de poco valer y escasas disposiciones para formar su núcleo principal. Gracias á las noticias traídas á España por Gaboto, muchos hombres de gran valía se disputaban un puesto en las naves. Muchos hijosdalgo de cuenta, dice Díaz de Guzmán, gentilhombres del Rey, caballeros de las Grandes Órdenes y apellidos de ilustre linaje, daban carácter á ese conjunto de hombres y familias, base de la sociabilidad rioplatense.

Esos fueron, señores, los rasgos característicos de aquella conquista; y ellos acaso demuestran que los conquistadores de América tuvieron que sufrir la influencia del medio en que desarrollaban su acción de una manera casi inevitable; y que á los fundados cargos que se hacen contra los reprehensibles abusos de los aventureros que explotaron la encomienda ó la mita en condiciones de crueldad, después de sometido el indio, podría contestarse con amargura, pero también con verdad, en la forma gráfica del poeta.

«Crímen fueron del tiempo; no de España.»

Aquí podría dar por terminada, señores, mi tarea; he procurado daros una ligera idea del descubrimiento y conquista del Río de la Plata, indicándoos los hechos, los hombres y las consideraciones que en primer término se ofrecen á nuestro examen; pero ni daría integridad al cuadro que esbozo, ni dado el carácter subjetivo que instintivamente he impreso á este es-

tudio, satisfaría una exigencia de mi alma, si no os pronunciara siquiera el nombre del mariscal D. Bruno Mauricio de Zabala, fundador de Montevideo, mi patria, que, con Buenos Aires, han sido las dos metrópolis del Plata, capitales hoy de los dos pueblos hermanos que se sientan en sus márgenes, definitiva é irrevocablemente independientes, bajo la protección de Dios.

Median casi dos siglos, señores, entre la fundación de una y otra metrópoli. Los conquistadores prefirieron internarse al Paraguay antes de detenerse en la gran embocadura del Plata, y dejaron así abandonado el hermoso territorio de su costa oriental que pertenecía, sin embargo, á los dominios españoles. Ese territorio quedó mucho tiempo despoblado é inerme, aun después de la fundación de Buenos Aires, y hubo de atraer necesariamente la atención y la codicia de otras naciones que, sin el esfuerzo del ilustre Mariscal vascongado, acaño nos hubieran arrebatado á los hijos de ese suelo lo que hoy constituye nuestra gloria: la sangre española, la fe, la lengua, las tradiciones, las glorias que acabo de recordaros y que consideramos tan nuestras como vuestras, señores.

Don Bruno Mauricio de Zabala tuvo que luchar mucho tiempo, y contra muchos y poderosos enemigos, para conseguir ese objeto; pero con la fundación de Montevideo en 1727, salvó definitivamente para la raza española el hermoso territorio que hoy ocupa la República del Uruguay.

Zabala significa, pues, para nosotros algo que se identifica con la patria misma, porque significa la noble genealogía de la patria. Los heroicos conquistadores, nuestros padres, señores, creían defender y defendían realmente entonces colonias; pero hicieron mucho más: echaron los cimientos de naciones que hoy son incomparablemente más que colonias: son hijas, cuyas glorias tendrán que reflejarse siempre en la madre que no olvidan ni olvidarán jamás; son ramas de aquel tronco vigoroso regado al brotar en América con la sangre de Solís, de Ayolas y de Garay, y que por el simple hecho de vivir hoy con vida propia y exuberante, son prueba evidente del incontrastable vigor del tronco de que proceden.

Por eso, señores, como el Perú hace la apoteosis de Pizarro, como Buenos Aires da el nombre de Garay á una de sus calles;

como Chile levanta la estatua de Valdivia, Montevideo da el nombre de Solís á su principal coliseo, y levanta en una de sus plazas, votada por el Parlamento, la estatua de su fundador don Bruno Mauricio de Zabala.

Es el altar de la raza, señores, que complementa y preside en el orden cronológico histórico los otros altares de la patria independiente; es la protesta de bronce que dice al mundo, y á vosotros especialmente, que si por ley providencial se pueden y es indispensable romper vínculos políticos, no pueden romperse ni se romperán jamás los de la sangre, los de la fe, los de la lengua y los de las tradiciones y glorias que nos son comunes y constituyen nuestro orgullo conjuntamente con las demás glorias nacionales.

Que Dios proteja, señores, los destinos de nuestra incomparable raza, de los cuales jamás debemos desesperar. ¿Quién sabe? Acaso España fué un día, geológicamente considerada, la cabeza del gran coloso destrozado y sumergido en parte por el Atlántico. Que el tiempo confirme, señores, esa atrevida suposición: sea ahora España la cabeza, el cerebro, el pensamiento; palpite en América el corazón, mientras circula para siempre en todo ese inmenso organismo, dueño tal vez del porvenir del mundo, la sangre de los Cortés, de los Pizarro, de los Valdivia, de los Irala, de los Juan de Dios de Solís y de los Bruno Mauricio de Zabala.

A